

El viernes es el peor día de la semana. No cabe duda. Algunos dirán que son los lunes, por esa vuelta al trabajo que para muchos supone convertirse en una máquina de una planta de ensamblaje, una caja registradora o un dispensador de bebidas y comida. Pero el primer día de la semana mantiene por lo menos la alegría del reencuentro con otros autómatas que contarán sus averías étlicas del sábado por la noche. Otros se manifestarán en contra de los domingos y el tedio de sus tardes, cuando la resaca los tortura o su soledad crece con la misma rapidez con la que cambian de canal en el televisor, efectos que, lo saben por experiencia propia, se pueden combatir recordando victorias sobre resacas mayores o creyendo que hay otras soledades infinitas. Pero en La Gran Librería de Gran Vía no hay antídoto contra los viernes.

Es interesante observar cómo las circunstancias modifican la fonética de las palabras. Para los empleados de aquella librería, “viernes” ha perdido la reconfortante cadencia que los hacía suspirar como si los hubieran indultado y pudieran escapar de esa cárcel de libros y clientes que a veces actúan como matones de discoteca. Viernes suena ahora con la brutalidad de una canción de *death metal*, es una advertencia del *tsunami* que un día los arrastrará hasta la orilla de ese manicomio que ya no quieren abandonar. Ha dejado de ser la misma palabra que figura en los carteles de la Gran Vía anunciando

macrofiestas y diversión hasta el fin de los días. Ya nadie escribe planes para los viernes en sus agendas y tampoco cuentan las horas que quedan para irse a casa. Si pudieran harían horas extras y no remuneradas a cambio de eliminar los viernes del calendario.

Antes, hace unos años, a pesar de que el horario de trabajo ya se había ampliado hasta el sábado para los dependientes a tiempo completo, el viernes aún conservaba su promesa de libertad, sin pantallas de ordenador, sin quejas por teléfono, sin clientes que no recuerdan el nombre de un libro pero exigen que se lo busquen o que preguntan en la tercera planta si el ascensor en el que han subido también baja, sin aquel chaleco azul que, en vez de servir de chaleco antirreclamaciones, los hace más vulnerables a los caprichos de cualquier jefe o extraño. Desde que empezaron los despidos en La Gran Librería, nadie se libra del miedo que invade sus cuerpos ese día apenas entran de mañana por la puerta lateral, o por la tarde, cuando cruzan la puerta de vidrio de Gran Vía que les abre Usain, el nigeriano que se gana la vida esperando la caridad del público, y lo primero que hacen, tras recibir su reverencia, es buscar la mirada de los compañeros para saber si el parte de guerra incluye nuevas bajas. Lo usual es que las cabezas permanezcan hundidas entre los hombros derrotados, como los obreros que arrastraban piedras para construir las pirámides egipcias. Esa imagen la utilizó alguien una vez en una reunión informativa del Comité Defensor, y a todos los asistentes les pareció muy certera, incluso llegaron a reírse, cuando la risa era su forma de resistencia contra un enemigo invisible que llegó a convertirse en un mito, hasta que un mediodía vieron sus zapatos.

Aquellos zapatos blancos de tacón con un lazo dorado en la punta del empeine. ¡Cómo olvidarlos!

Los dependientes habían llegado a creer que Olga Labor-deta, la gerente de Recursos Humanos, era un seudónimo inventado por los directivos de la empresa, uno de esos nombres ficticios que las editoriales utilizan para firmar libros infames. Cuando las ventas empezaron a caer por la pendiente de la crisis, Emiliano, el director de la tienda de Gran Vía, dijo que por fortuna La Gran Librería se encontraba a salvo, con las cuentas saneadas y un plan para conquistar el mercado de los libros electrónicos. Todos creyeron que ese comentario incluía a los trabajadores y siguieron ordenando las mesas y las estanterías cuando les apetecía, huyendo de los clientes, quitándose de encima a los más pesados, diciéndoles que el título que buscaban estaba descatalogado, tomándose descansos eternos para el desayuno o la merienda, abandonando la caja con la llave puesta, maldiciendo entre dientes si un jefe les ordenaba una tarea extra, alargando las bajas por depresión, inventándose días libres. Todos creyeron en la palabra de Emiliano, porque había sido uno de los suyos, un dependiente lento para descargar las banastas, así lo recuerda el Panceta, uno de los veteranos que trabajó con él, moviéndose por la planta con la misma torpeza que un jugador de baloncesto gigante, creando archivos de *excel* y *powerpoint* que dejaban alucinados a los jefes de las oficinas centrales y logrando, gracias a su pericia informática, ascender en dos años a la dirección de la sucursal más importante de La Gran Librería. Pero las ventas no dejaron de caer, y los culpables, como siempre, fueron los trabajadores.

La mayor sorpresa del primer despido no fue que sucediera, sino a quién le tocó marcharse. Cristo llevaba una década en la tienda y apenas rozaba los treinta años. Era delgado como una cerilla pero su cabeza nunca se encendía, aunque los clientes atacaran con preguntas desde todos los flancos.

Manténía la sonrisa adornada por sus gafas redondas a lo John Lennon y su melena se sacudía de forma leve al despedirse después de cada venta con un “muchas gracias por su visita”. Cristo era solidario con sus compañeros y los ayudaba a colocar los libros de su carro si él acababa antes. Era un melómano que hubiera alcanzado la felicidad creciendo en los Estados Unidos de los setenta, comprador compulsivo de vinilos por internet y jugador de baloncesto los domingos en una liga municipal. Un viernes, cuando faltaba media hora para que terminara el turno de la mañana, le pidieron por megafonía que llamara al 100, el anexo del despacho de Emiliano. Cristo estaba colocando libros en la sección de Filosofía. Nadie sospechó nada. Cuando bajó a reunirse con Emiliano, encontró en su despacho a un miembro del Comité Defensor y a un joven de camisa a rayas que se identificó como subalterno de Olga Labor-deta. Hasta ese momento ni él mismo podía imaginarse lo que iba a pasar. Cinco minutos más tarde, al abandonar el despacho, habiendo aceptado el finiquito por su despido y con la noticia volando más rápido y alto que su ídolo Magic Johnson, un compañero le preguntó si iba a demandar a la empresa.

—No me gustan los problemas.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—La verdad es que he comprado un montón de discos nuevos y no he tenido tiempo de escucharlos.

Los siguientes días algunos compañeros lo llamaron para mostrarle su apoyo y saber cómo estaba. Pero la gente lo olvidó pronto, les daba pereza marcar su número, tanta como cuando veían un libro atravesado en una estantería y sus pies se volvían de plomo, giraban la cabeza hacia otro lado y evitaban pasar cerca de aquella estantería.